

PALABRAS PRONUNCIADAS POR JOSÉ ANTONIO PASCUAL, CON MOTIVO
DE LA OFRENDA FLORAL A DON MIGUEL DE UNAMUNO, EL DÍA 29 DE
SEPTIEMBRE EN EL PALACIO DE ANAYA

Quizá os sorprenda que, entre tantos y tantos hechos que se podrían resaltar de la obra Miguel de Unamuno en este homenaje que le hacemos hoy aquí, ante este busto de Victorio Macho, me fije en uno que podría tomarse como un asunto menor, incidental, en relación con la importancia de la figura del homenajeado. Creo, sin embargo, que no es impropio reconocer que la profunda inserción del rector Unamuno en la realidad salmantina se refleja no solo el ensimismamiento que produjo en él nuestro paisaje campesino y urbano, sino también este otro paisaje, entrañable también, que conforman las palabras.

La sorpresa que le producen a don Miguel algunas palabras propias de nuestro dialecto no le lleva a tomarlas como una mera curiosidad y mucho menos como restos de aquello que por no pertenecer al estándar ha de ser considerado puro vulgarismo. Por el contrario, buceando en esos usos residuales mantenidos en Salamanca, que remiten a los del antiguo reino de León, encuentra en ellos la forma de vigorizar nuestra forma decadente de hablar, de corte urbano y libresco.

El hecho es que, a poco de llegar a nuestra ciudad —son los tiempos del éxito del regionalismo— muestra Unamuno su interés por el modo de hablar del campo salmantino, que contrasta con la desatención que mostraron hacia él tantas personas en el pasado, salvo para hacer chanzas y burlas sobre los rústicos. Al respeto que demostró Unamuno ante el modo rural de hablar, tan distante del suyo, es a lo que me referiré en este homenaje que nos ha congregado aquí.

1. Basta con ojear el tomo VI de sus *Obras completas*¹ para encontrar allí una serie de voces de cuño salmantino, que, en vez de criticarlas como vulgares, las toma como condición de lo vivo, de aquello que no adolece del mal del academicismo. Le sirven por ello de ejemplo de la naturalidad de los propios cambios lingüísticos.

1. 1. Explica así qué es la analogía, a través del siguiente ejemplo, que hubiera hecho reír a cualquiera. Se trata de: «Al subir hace unos días al tren en un pueblo de Salamanca

¹ M. de Unamuno, *Obras Completas, t. VI: La raza y la lengua. Colección de escritos no recogidos en sus libros*. Ed. de M. García Blanco, Barcelona: Vergara, S. A 1958. (En adelante se citará como OC VI).

varios reclutas, oí que les decía una mujer del pueblo: —¡Luego, cuidado con los yanqueses!», que comenta así: «Es natural que donde se dice francés, portugués, inglés, holandés, danés, etc. se diga *yanqués*». Y termina por ponerlo como modelo: «Si el vocablo hubiera podido venir a España en el tiempo en que era aún el castellano una lengua de veras viva [...] es seguro que correría hoy el vocablo *yanqués* tan naturalmente como corren sus análogos»².

Para explicar la analogía verbal recurre también a un ejemplo campesino, al comentar una nota de Rufino José Cuervo: «En [...] la misma Salamanca forman casi todos la tercera persona de plural de pretéritos perfectos irregulares de indicativo, añadiendo una *n* a la tercera persona del singular, diciendo *hubon, estuvon, supon, dijon, trajon* o *trujon, vinon* y *quison*». Resulta significativo su comentario: «¡En la misma Salamanca! ¡En la misma? ¡Pues claro! ¿O es que se creía Cuervo que aquí en Salamanca es a Universidad la que enseña a hablar al pueblo? Afortunadamente no es así».

1. 2. Con ese mismo respeto a lo que normalmente se hubiera tomado por una aberración explica qué es la etimología popular, sirviéndose de lo que ha oído en la misma conversación de aquella mujer que se refería a los yanqueses: «aquí hay quien llama a la cloaca *colaca*, lugar por donde se cuelan las aguas»³.

1. 3. No es una crítica a la realidad dialectal lo que encontramos en Unamuno, sino, como vamos viendo, su aprovechamiento para explicar distintos procesos de cambio que ocurren en la evolución de las lenguas. También la escritura influye en la normalización del léxico, como explica cumplidamente, sin que ello suponga una depreciación de las distintas formas como aparece una palabra: «... sin salir de esta provincia de Salamanca, le he oído llamar en distintos pueblos y a las veces a *una misma persona* de todos estos modos [al murciélago]: *murciénago, morciégano, moriciénago, morrociégano, borraciégano, burriciégano...*»⁴. Evito aburriros con las razones que da de estas variantes, a cambio de las que os brindo otro ejemplo revelador: «En un mismo pueblo he oído llamar a la cogujada: *cogujáa, corujáa* y *cugujáa* [...]. Pero el caso más curioso es el que observé en la región dela ribera del Duero [...], tomé en mis apuntes hasta nueve variantes del nombre del enebro, recogidas en el espacio de pocas lenguas (Vilvestre, Aldeadávila, Corporario y Masueco), y oídas algunas en un mismo pueblo. Las variantes son:

² *La correspondencia de España*, Madrid 24.5.1898, OC VI: 445.

³ *La correspondencia de España*, Madrid 24.5.1898, OC VI: 446.

⁴ *La Ilustración Española y Americana*, Madrid, 28.2.1900, OC VI: 475, 476.

enjambre, enjambre, enjembre, enjimbre (solo falta *enjombre*, que no oí, para que se recorran nuestras cinco vocales), *joimbre, juimbre, jumbre, jimbre y jumbrio*, derivadas todas de nuestro tan distinto *enebro*, del nombre latino *juniperus*. La forma cardinal parece ser *juimbre*; la portuguesa es *zimbro*»⁵.

4. Se basa muchas veces el antiguo rector en el conocimiento que va adquiriendo de las voces salmantinas para construir algunas etimologías, como las que se refieren a *pingorota, picorota (picuruta)*: «Aquí en Salamanca se dice "allí arribota, arribota". Y en este *arribota* hemos de ver un *ad ripa alta*, en la alta ribera. Y del mismo modo en *pingorota* vemos la emanación *-ota* de *alta* y no del aumentativo que se encuentra en *cabezota*. La *pingorota* no es un *píngaro* —o *píngara*— grande, uno alto»⁶. Es una forma, por lo que nos ocurre a los filólogos, de quedar cautivos de las palabras de un lugar.

5. Todo esto debiera animarnos a recuperar algunas de nuestras palabras olvidadas, cuando sus parientes están bien asentados en otras lenguas: «A la velada de la noche llaman en francés *soirée*, del latín *serata*, y en portugués *serão*, y en cast. usados ya *soirée*, ya *sarao*; pero en esta provincia se dice *serano*»⁷. *Serano* queda ahí a disposición de cualquier lector que se decida a aprovecharlo, como el propio don Miguel practica en otras ocasiones a través de un recurso razonable al arcaísmo, como es el caso de *oribe*, por *aurífice* u *orfebre*, que «oyera por estas tierras salmantinas»⁸.

6. En este ennoblecimiento de lo que conserva nuestra región del pasado, don Miguel se llega hasta algunas raíces menos profundas que asoman en él, como son los nombres de esas calles salmantinas, en que, si bien «en ese arte de inmortalizar callejeramente a honrados ciudadanos que al morir tenían amigos en el Concejo Municipal se distingue sobremanera esta ciudad de Salamanca en que vivo y obro», quedan no obstante nombres como la calle *ovoambre*: «¿Hay nada más bonito que la calle del Lobo-Hambre, es decir del "ovo-hambre", como se llama una de esta vieja ciudad de Salamanca?»⁹, calle que yo no me atrevería a interpretar, pues pienso que aflora ahí una posible etimología popular, relacionada con el hambre.

7. No he de ocultar que los ejemplos a los que he recurrido son un ínfimo número entre tantos como fue encontrando el rector salmantino por el deslumbramiento que le

⁵ *La Ilustración Española y Americana*, Madrid, 28.2.1900, OC VI: 476.

⁶ *RFE* 1920, t. VII: 351-357, OC VI: 1020-1022.

⁷ *La Nación*, Buenos Aires, 23.9.1907, OC VI: 746.

⁸ *La Nación*, Buenos Aires, 23.9.1907, OC VI: 746.

⁹ *El Día Gráfico*, Barcelona, 17.10.1914, OC VI: 601,603.

produjeron nuestros usos, pues me consta que logró allegar colecciones de palabras, como la que se conserva en la Casa Museo de Unamuno, que ocupa unas doscientas cuartillas escritas con una letra menuda, estudiadas por Antonio Llorente Maldonado¹⁰. Lo que este gran dialectólogo expuso sobre ese vocabulario no lo voy a repetir aquí y, en cambio, haré una rápida selección de unas pocas entradas léxicas que contiene su correspondencia. En una fecha tan antigua como el año 1894, tres años después de su llegada a Salamanca, le escribía a Pedro Múgica: «En una expedición que he hecho al campo, en plena charrería he oído que a los corralillos cubiertos, muy mezquinos, en que encierran los chibos les llaman chibiteros y también chiribitiles, de donde he sacado que chiribitil por chibitiril es diminutivo de chibitero, corralillo de chibos. Y esto me hace presumir, si cuchitril: cuchitiril: cochitiril será de cuchitero (?) o cochitero (?), corral de cochos o cochinos»¹¹. Y le anunciaba el envío de una lista de vocablos de esta tierra, «lígrimos, como llaman aquí a lo genuino», promesa que cumplió en la carta siguiente¹². Se trata de una larga lista, la mayor parte de cuyos ejemplos dejo en el tintero conformándome con dar una pequeñísima muestra de ellos: *Ventejones* 'piezas para sujetar el yugo', *pega* 'urraca', *aburacar* 'agujerear', *acachinar* 'matar', *rolla* 'niñera' *vellico*¹³, a ese hermoso decir que expone así: *Después que llueve y sale el sol y el campo se pone verde, se dice: ha reconocido el campo, lagumán* 'perezoso, holgazán'; *mezucón*: entrometido; *a embuelzas* 'a manos llenas'...

No todo lo entiende don Miguel —lo ha explicado bien Llorente Maldonado en el artículo que acabo de citar—, como le ocurre a cualquiera cada vez que cae en una novedad y trata de interpretarla condicionado por el escenario en que la ha oído. Claro que es algo que se reserva para quien está dispuesto a aprender, que es lo que importa; lo de menos es que se equivoque al explicarnos que *caozo* significa 'cauce', a quienes nos hemos bañado de niños en las lodosas aguas de alguno de ellos, y aprendimos bien que es una

¹⁰ A. Llorente Maldonado, «Salamanca. Manuscrito de Miguel de Unamuno», *Salamanca. Revista de Estudios*, 41 (1998): 257-352 [a lo que le sigue la reproducción de las 200 cuartillas manuscritas de Unamuno].

¹¹ C. y J-C Rabaté, Miguel de Unamuno, *Epistolario, t. 1* (1880-1899), Salamanca: Ediciones Universidad Salamanca, 2017, carta § 115, marzo de 1894: 469, 470.

¹² C. y J-C Rabaté, *op. cit.*: carta § 116, abril de 1894: 475, 476.

¹³ Algunos de los datos de esta lista permiten entender algunas palabras que aparecen en el manuscrito estudiado por Antonio Llorente. Es el caso de *rolla*, en el que Unamuno no daba explícitamente su significado y, sobre todo, de «*vellico*: Pedro Juan», voz de la que Llorente decía, con un envidiable sentido común: «Desconozco el significado del nombre propio, tal vez fuera el informador» (1998: 268). En esa lista que D. Miguel había hecho para sí no daba cuenta de que se trataba de «la planta gramínea silvestre que llamamos en Bilbao Pedro Juan», que es como se la explica a Pedro Múgica. No cabe la menor duda de que se trata del *ballico*.

«Hondura que se forma en los regatos y ríos en donde el agua hace remanso»¹⁴; lo mismo que ocurre con *andancio*, que no se trata de una 'enfermedad contagiosa de los ojos', sino de una «Enfermedad epidémica que se va propagando de unos a otros»¹⁵.

Son ejemplos que muestran cómo Unamuno da visibilidad, según ahora se dice (con todo, hubiera sido peor haber recurrido a *pone en valor*), a nuestro dialecto, explicando que no se trata de los restos de un festín del que nos hayamos apoderado los salmantinos, como si fuéramos desheredados de una lengua cuyo índice de calidad se estima en relación con cómo se habla en la ciudad. Pues no solo es el modo de hablar de la ciudad lo que debiera caracterizar a una lengua, sino también aquello que se decía en el pasado, que resiste vivo en la manera de expresarse que se da en el campo. En el caso de Salamanca esta mezcla entre lo rural y urbano le llevó a Miguel de Unamuno a entender el venturoso mestizaje que se dio entre el castellano de cuño urbano, que se superpuso a la manera de hablar del antiguo Reino de León,

8. Esa visibilidad se percibe incluso en la propia escritura de don Miguel. De ello he tratado recientemente en dos ocasiones. En una de ellas mostrando cómo entró en la edición del diccionario académico de 1936 *acusique*, que desconoce todo el mundo que no sea de por aquí, propiciada por un hispanista holandés, que no podía entender que la Academia no hubiera incluido en su diccionario una voz que aparecía en *Abel Sánchez*¹⁶. En otra más reciente, he dado cuenta de que empleo el adjetivo *desdolido*¹⁷, para lo que la mayor parte de la gente recurre a *sufrido*, sin haberme enterado hasta antes de ayer que era un adjetivo muy nuestro, conocido por Miguel de Unamuno y —eso no me extrañó— por Carmen Martín Gaité y por muchos salmantinos.

9. Con voces como estas y con otras que suelo usar a menudo, como *lígrimo*, *cogüelmo*, *mezucón*, *azufrador* o *espelde*, todas ellas registradas por Unamuno, ni hago proselitismo de su empleo ni considero que deba considerarse este como un bien cultural. Son pinceladas de nuestra manera de hablar, que me parece bien que nos caracterice, cuando los salmantinos tenemos a gala expresarnos en un castellano compartido con millones de hispanohablantes, pero también nos gusta hacernos un guiño, porque como nuestro

¹⁴ J. de Lamano y Beneite, *El dialecto vulgar salmantino*, Salamanca, 1915, s. v. *cahozo*.

¹⁵ J. de Lamano y Beneite, *op. cit.*, s. v. *andancio*.

¹⁶ J. A. Pascual, *Mórbida morfología. A propósito de un sufijo lígrimo salmantino, -ique*, Salamanca: Centro de Estudios Salmantinos, 2018: 20.

¹⁷ J. A. Pascual: «De datos léxicos y del futuro de los textos que los contienen. A propósito del futuro de la filología» (en prensa en *Neophilologica*, 2021: 14).

paisaje —el mío lo caracteriza el monte de encinas— nuestras expresiones nos aseguran que no olvidamos de dónde venimos.

Miguel de Unamuno y Jugo, un bilbaíno que vino a convivir con nosotros, muy atento a la universalidad de nuestra lengua, supo explicarnos que ello no debía llevarnos a sentirnos cohibidos por nuestras peculiaridades.